

que sostener para atender á su subsistencia, por el roce que forzosamente han de tener con todo lo más degradado y corrompido de las grandes ciudades. Rousseau habia paseado su indigencia y sus sueños á través de la naturaleza, cuyo espectáculo lo purifica todo, y habia salido de esta lucha convertido en filósofo. Brissot habia arrastrado su miseria y su vanidad por las calles de Paris y de Lóndres, y por esas sentinas de infamia donde pululan los aventureros y los libelistas. De estos sitios habia salido hecho un intrigante.

Sin embargo, en medio de tantos vicios que habian hecho dudosa su probidad y sospechoso su nombre, alimentaba en el fondo de su alma tres virtudes capaces de sacarle de aquel envilecimiento, que consistian en un amor tierno hácia una hermosa jóven con quien habia casado á disgusto de su familia, en la aficion al trabajo, y en un valor contra las adversidades de la vida, que tuvo que desplegar más tarde contra la muerte. Su filosofía era la de Rousseau; creia en Dios y tenia fe en la libertad, en la verdad y en la virtud. Habia en su alma un gran fondo de interes por la humanidad, virtud que en los filósofos reemplaza á la caridad cristiana; aborrecia la sociedad porque no hallaba en ella sitio en que colocarse; pero lo que más aborrecia en ella eran sus preocupaciones y sus perpetuos engaños. Hubiera querido este hombre poderla rehacer, no tanto en su beneficio como en provecho de la misma sociedad, y hubiera consentido gustoso en sepultarse entre sus ruinas, con tal que estas ruinas hubiesen abierto campo al plan ideal que él se habia formado del gobierno de la razon. Brissot fué al principio uno de esos talentos mercenarios que escriben para quien les paga, y su pluma habia estado á disposicion de todos los ministros, particularmente á la de Turgot. Leyes criminales, teorías económicas, diplomacia, literatura, filosofía, y hasta libelos, á todo se prestaba su pluma con tal de que le resultase alguna utilidad. Deseoso de hacerse con el apoyo de todos los hombres poderosos ó célebres, habia incensado á Voltaire y á Franklin, lo mismo que á Marat. Conocido de madama de Genlis, le debia el haber entrado en relaciones con el duque de Orleans. Enviado á Lóndres por el ministro para desempeñar una comision de ésas que nunca se dicen por no avergonzarse, se habia unido al redactor del *Correo de Europa*, periódico que se imprimia en frances en Inglaterra, y cuyas ideas atrevidas y avanzadas causaban bastante inquietud á la corte de las Tullerías. Vendióse entónces á Swinton, propietario de aquel periódico, y le redactó en un sentido favorable á las miras de Vergennes. Allí conoció algunos libelistas, y entre ellos á Morande. Estos escritores rechazados por la sociedad, se convierten á menudo en unos malvados de pluma, que viven á la vez con los escándalos del vicio y con el salario del espionaje. El contacto que tuvo Brissot con estos hombres le contaminó y le hizo aparecer muchas veces como cómplice suyo. Esta mancha le acompañó toda su vida, y sus enemigos la hicieron resaltar; de suerte que para borrarla tuvo que apelar á la estimacion pública.

Vuelto á Francia cuando se manifestaron los primeros síntomas revolucionarios, habia espiado las fases sucesivas de la revolucion, con la ambicion inquieta de un hombre impaciente y con la indecision del que no sabe por dónde soplará el viento. Muchas veces se habia engañado y comprometido, por haberse decidido precipitadamente por ciertos hombres cuyo poder parecia indestructible, y Lafayette fué uno de éstos. Brissot, siendo redactor del *Patriota Frances*, habia aven-



BRISSOT.

turado alguna vez ideas revolucionarias, y queriendo adular un porvenir que le parecía no estar muy distante, había ido más de prisa que las mismas facciones, lo cual había merecido la desaprobación de Robespierre.

«Mientras que yo me contentaba—dice éste—con defender los principios de la libertad sin mezclarme en ninguna otra cuestión extraña, ¿qué es lo que hacíais, Brissot y Condorcet? Conocidos hasta entónces por vuestra gran *moderación* y por vuestras relaciones con Lafayette, fuísteis mucho tiempo sectarios del club aristocrático del 89, cuando de repente salió de vuestras bocas la palabra *república*. Entónces esparcísteis un periódico titulado *El Republicano*, y los espíritus empezaron á fermentar. La sola voz de república introduce la división entre los patriotas y da á nuestros enemigos el pretexto plausible, que hacía mucho tiempo buscaban, de publicar que existe en Francia un partido que conspira contra la monarquía constitucional. Con este pretexto se nos persigue, y los ciudadanos pacíficos son degollados en el mismo altar de la patria. A nosotros se nos señala con el título de los facciosos, y la revolucion retrocede medio siglo. En esta época se presenta Brissot en los Jacobinos, donde jamás había estado, á proponer la república; cuestión de que por prudencia nos habíamos abstenido de hablar en la Asamblea nacional. ¿Qué fatalidad ha conducido á Brissot al seno de los Jacobinos? Quiero conceder que no fuese esto sino una astucia ratera, ó tal vez una imprudencia hija de su ineptitud; pero hoy, que sus relaciones con Lafayette y con Narbona no son ya un misterio; hoy, que ya no oculta sus planes de innovaciones peligrosas, sepa que la nación rompería al instante todas las tramas que tantos años les han costado urdir á él y á otros intrigantes de segundo orden.»

Tal era el lenguaje de Robespierre respecto á la candidatura de Brissot; y aunque la envidia tenía mucha parte en él, tampoco le faltaba justicia para expresarse en estos términos. La revolucion y la contrarevolucion le rechazaban y le deshonoraban al mismo tiempo. Los antiguos amigos que se había adquirido en Lóndres, y sobre todos Morande, que había vuelto á Paris, valido de la impunidad de la época, revelaban en *El Argos* y en pasquines que pónian por las esquinas las ocultas intrigas y los escándalos de la vida literaria del que había sido su asociado. Citaban infinidad de cartas auténticas en que Brissot había mentido con el mayor descaro sobre su apellido, sobre la jerarquía social de su familia y sobre los bienes de su padre, todo por captarse la confianza de Swinton y por darse importancia, por cuyos medios había pegado varios petardos en Inglaterra. De todo esto tenían pruebas convincentes. Imputábanle además que, so pretexto de fundar un liceo en Lóndres, aunque en realidad para apropiársela, había sacado una suma considerable á un tal Desforges. No contentos con esto, demostraron hasta la evidencia que Brissot, al salir de Inglaterra, había dejado en poder del citado Desforges ochenta cartas por las que se probaba su infame participación en el comercio de libelos que hacían sus amigos. Los periódicos que atacaban su candidatura se apresuraron á denunciar todos estos escándalos, para hacer que perdiese la opinión en el concepto del público, y hasta se le acusó de haberse apropiado cierta suma que hacía ya mucho tiempo estaba olvidada en la caja de las Hijas de Santo Tomás, de cuyo distrito era presidente. Su justificación ofreció bastante dificultad; pero á pesar de ser algo oscura, fué suficiente para que el club de la calle de la Michodiére declarase su inocencia é integridad.

Otros periódicos, sin mezclarse en su vida privada, hablaron solamente de la política y tomaron su defensa, ciñéndose, sin embargo, á lamentarse de la calumnia. Su amigo Manuel, redactor de un periódico cínico, trató de consolarle en estos términos: «Las manchas de la calumnia caen sobre los hombres políticos en la época de las elecciones, y siempre dejan algun vestigio sobre el que ha sido calumniado; pero para que triunfen los enemigos del pueblo no hay medio mejor que el de degradar al que les combate sin temor. A mí mismo no me faltan votos, á pesar de mi chochez y de mi afición á la botella. Dejad al Padre Duchesne y nombrad á Brissot, que vale más que yo». Marat, en *El Amigo del Pueblo*, hablaba de Brissot en términos ambiguos. «Jamás—decía—he visto en Brissot un patriota franco. Bien sea por ambicion, bien por bajeza, ello es que hasta aquí ha faltado á los deberes de un buen ciudadano. ¿Por qué ha tardado tanto en abandonar á ese general hipócrita? ¿Por qué ha comido hasta ahora en el mismo plato de Lafayette? ¡Pobre Brissot! Ahora eres víctima de la perfidia de un criado de palacio y de un cobarde traidor. ¡Cómo ha de ser! Ten paciencia, pobre amigo mio, porque la suerte que ahora te cabe es la que está reservada á todos los hombres tan indecisos como tú. Has disgustado á todo el mundo, y nunca serás nada. Si aún te queda algun sentimiento de dignidad, apresúrate á hacer que tu nombre sea borrado de la lista de candidatos para la próxima legislatura.» De este modo, y siendo objeto de befa para ambos partidos, se presentaba por primera vez en la escena política este hombre, que hacía vanos esfuerzos por apartar de sí el desprecio que habian hecho recaer sobre su nombre las faltas de su juventud, para entrar en la austeridad de un nuevo é importante papel político, apareciendo como un hombre medio intrigante y medio virtuoso. Brissot, que habia de ser con el tiempo el centro de union de los girondinos, revelaba ya entónces en su carácter todo lo que se desarrolló más tarde en los destinos de su partido, porque reunia á la intriga del patriotismo la estoica serenidad del mártir.

Entre los candidatos por Paris descollaba Pastoret, hijo del Mediodía, aunque prudente y astuto como los hombres del Norte, que, bien quisto con todos los partidos, ofrecia garantías suficientes á la revolucion, sin dejar por eso de manifestar una adhesion secreta al rey, que le mantenía en su confianza. Llevado de aquí para allá por el favor de estas dos opiniones, su talento le impulsaba á buscar fortuna, pero sin salirse jamás de los límites de la honradez. Los otros eran Lacede, Cerutti, Herault de Sechelles y Gouvion, ayudante de campo de Lafayette. Las elecciones del departamento llamaron poco la atencion, porque todas las notabilidades pertenecian á la Asamblea nacional; por consiguiente, el ostracismo que ésta se habia impuesto dejaba el campo expedito á los talentos de segundo orden. Unos hombres desconocidos todavia no podian entusiasmar á nadie, y el público tenia fija la atencion en los nombres que iban á desaparecer de la escena política. Un país nunca adquiere dos nombradías, y la de Francia desaparecia con los miembros de la Asamblea que iba á disolverse, para que surgiese otra Francia enteramente distinta de la anterior.

LIBRO CUARTO.

Diputacion de la Gironda.—Agitacion de los clubs.—Oradores al aire libre.—Traslacion de las cenizas de Voltaire al Panteon.—Juicio critico de sus obras y de su carácter.—Revision de la Constitucion por la Asamblea nacional.—El rey acepta la Constitucion.

I

Presentiase entre tanto un nuevo movimiento político por el lado del Mediodía, y Burdeos estaba en fermentacion. El departamento de la Gironda acababa de crear de un golpe todo un partido político con el nombramiento de sus doce diputados. Este departamento, distante de Paris, iba á apoderarse de un solo golpe del imperio de la opinion y de la elocuencia. Los nombres oscuros hasta entónces de Ducos, de Guadet, de Grangeneuve, de Gensonné y de Vergniaud iban á hacerse célebres con las borrascosas desgracias de su patria. Estos hombres estaban destinados á imprimir en la revolucion, indecisa todavia, un movimiento que habia de precipitarla en la república. ¿Por qué habia de venir este impulso del departamento de la Gironda, y no de Paris? Arriesgado sería hacer otra cosa que meras conjeturas sobre este particular. Sin embargo, era más fácil que estallase el movimiento republicano en Burdeos que en Paris, en donde la presencia de la corte, y la continua accion que sobre la poblacion ejercia desde tiempos muy remotos, enervaban la independencia de los caracteres y la austeridad de los principios, que son las bases fundamentales del civismo. Los Estados del Languedoc y los hábitos consiguientes á una provincia administrada por sí misma, debian predisponer á los habitantes de la Gironda á tener un gobierno electivo y federativo.

Burdeos era un país parlamentario. Los Parlamentos habian sostenido por todas partes el espíritu de resistencia, y aún habian creado muchas veces el espíritu de faccion contra la Corona. Burdeos era un pueblo comercial, que como todos los que se hallan en igual caso, amando la libertad por propio interes, concluyen por contraer el sentimiento de ella. Burdeos era una ciudad colonial y la grande escala de América en Francia. Las continuas relaciones entre su marina mercantil y los americanos habian introducido en la Gironda un gran entusiasmo por las instituciones liberales. Era, finalmente, Burdeos un país más á propósito y más expuesto á los rayos de la filosofía que el centro de Francia; así es que habia germinado allí sin ningun auxilio extraño ántes de germinar en Paris. Burdeos era la patria de Montaigne y de Montesquieu, primeros republicanos célebres del pensamiento frances. El uno habia sondeado libremente los dogmas religiosos; el otro habia penetrado en lo más recóndito de las instituciones políticas. El presidente